

Tú también llegarás: tardas las horas
Pasarán en tu vaga romería,
Pero tus esperanzas seductoras
Verás colmada en feliz día.

Verás de un valle en el recinto umbrío
La tumba llena de esplendor y gloria,
Que ha de aumentar del español el brío,
Sirviéndole de enseña en la victoria.

Es hora de marchar: ya has reposado,
Cortas las horas son, breve la vida;
Tras de Santiago el cuerpo venerado,
Con sus memorias Roma te convida.

Roma y con su poder el Vaticano,
Jerusalén, Santiago y Palestina,
Donde vertió por el linaje humano,
La sangre el Redentor pura y divina.

Despertó conmovido el peregrino,
Y admirando del mundo la hermosura
Con nuevo ardor empieza su camino
Tras de tantos ensueños de ventura.

No, empero, en grato día delicioso
Imágenes risueñas de dulzura
Es dado contemplar, que el hombre odioso
Tornó tanta ilusión en desventura.

Ya aparecen valoces como el viento
Las huestes de los moros y cristianos,
Reprimiendo furiosos el aliento
Por llegar impacientes á las manos.

(Continuará.)

MATILDE

ó una noche en el mar.

IV.

Los gritos y las exclamaciones de estos al ver á su querida hija en aquel estado atragaron á su cámara á todos los pasajeros. Ricardo era uno de ellos; ¡cual fué su admiración al reconocer á Matilde! Su alma rebosa de alegría, y le lisongea la idea de que puede al menos morir á su lado. Al momento corre á socorrerla, le proporciona mil recursos para volverla á la vida, y á pocos instantes ve conseguido su objeto. Matilde al tender la vista á su alrededor se encuentra con la de Ricardo y fuera de sí exclama: ¡Cuan dichosa soy, venga la muerte que á tu lado no la temo!, y volviéndose á su padre le dice: perdonad, padre mío, os ofendo, pero me es imposible contenerme; amo á un hombre del que vos me habeis querido separar, la suerte nos ha reunido en este sitio.....

Los gritos de la tripulación del buque interrumpieron su discurso; los pasajeros acuden de nuevo todos á cubierta para saber la nueva desgracia que les amenazara, y la palidez se pinta en todos los semblantes. El capitán y piloto han desaparecido al ímpetu de una ola que ha dejado al buque á punto de zozobrar. Los marineros desconfían de su salvación por ignorar el punto donde se encuentran.

El barón de** práctico bastante en las costas del Mediterráneo se dirige á la brújula y á la carta, ve que están próximos á dar en un bajo y empuñando el timón quiere hacer mejor ruta. La gruesa mar y el viento se lo estorban; y el buque se arroja al precipicio que temía. ¡Perecemos, exclama, pero aun podrá haber alguna esperanza de salvarse!

Gritos dolorosos se dejan oír hasta las mas hondas concavidades; gritos de dolor y desesperación suenan en todos los departamentos del buque. El día comienza á despuntar y todos los habitantes de aquella desgraciada nave dirigen sus fervientes súplicas al supremo Hacedor, para que les deje ver el punto donde se encuentran y alguna otra embarcación que pueda prestarles socorro en su desgracia. El barón de** reconoce la carta y encuentra que se hallan encallados en un bajo inmediato á la costa de Africa. Bien pronto trata de salvar las vidas con el auxilio de las lanchas del buque, pero sabe con dolor que estas han desaparecido y que solo queda

un pequeño bote en que apenas podrán ir seis personas. La desesperación se aumenta, el temporal crece á medida que el sol va acelerando su carrera hacia el horizonte, y las esperanzas de salvación se pierden. El buque se encuentra hecho el blanco de las enfurecidas olas, y aun que sea su resistencia mucha no será bastante para poder superar la marejada que le acosa.

Matilde, si bien por un momento habíase olvidado á Ricardo para ocuparse de la desgracia en que se encontraban sumidos, redobló sus sentimientos, porque veía perecer á su adorado y á sus padres á un tiempo, y Ricardo cuyo corazón se hallaba despedido por no poderles proporcionar la salvación, solo se ocupaba del medio que al efecto pudiera adoptar. Ordenó á un marinero subiese á la mas elevada cofa por si se divisaba alguna embarcación, y á poco rato habiendo oído la voz del vigía que repetía: ¡Barco! llegó al colmo de su alegría.

El barón de** toma un antejo, lo dirige hacia el punto en donde se divisaba la única esperanza que les restaba y halla que es un cárabo africano. Su aliento desmaya; desconfía aun mas de la vida de los naufragos, creyéndose desde luego presa de aquellos bárbaros. Ricardo por el contrario animado de aquel valor que produce el sentimiento humanitario de un corazón verdaderamente español, y mucho mas animado por la idea de poder salvar bien que adora, procura reanimar el decaído espíritu de los pasajeros. Concibe la idea de apoderarse del cárabo á toda costa y alienta á los marineros para que le sigan; no contando aun con ello con el fin de atraer hacia el buque á los africanos, iza en el gallardete la bandera española y en el trinquete otra blanca, ensaña de demanda de socorro. Al momento recorre el buque en busca de armas de fuego y blancas, y provisto de ellas suficientemente exhorta de nuevo á la tripulación á que la imite.

Bien pronto el cárabo se halla á la vista del buque; los africanos se preparan á abordarle, y Ricardo se apresura á disparar ciertos tiros que matan á dos de los que lo tripulan. Los bárbaros sedientos ya de sangre redoblan sus esfuerzos; Ricardo con la tripulación responde á ellos con repetidos y no desperdiciados tiros de fusil. Entreve por un momento que aquellos desesperados su triunfo y con la mayor velocidad dispone arrojar al mar el bote y tripularlo con cuatro marineros para ir al abordaje. Lo efectúa y así como un hambriento lobo se arroja sobre su presa ávida devorarla, así él es el primero en saltar al cárabo, desprecia el furor de cuatro feroces descendientes de Mahoma que lo esperan para sepultarlo en el abismo. Lucha largo tiempo con ellos, su gente le defiende, y al cabo se encuentra dueño de la embarcación. Solo dos heridas ha recibido en aquella lucha, pero eso no le impide para dirigirse á los padres de Matilde, diciéndoles: «Solo la idea de salvarlos, á vos que teneis la suerte de ser padre de la mas hermosa de las hijas, de la mas encantadora criatura es lo que me ha arrojado á la pelea. Ya estais en salvación, porque al remo con ese bajel podreis llegar á algun punto de la costa donde se os proporcione hospitalidad; solo exijo en cambio que me lleveis al lado de vuestra hija para ofrecerla mi vida, que pronto se extinguirá.»

Las lágrimas corrieron por las mejillas de todos los circunstantes, al ver que su voz quedó ahogada. Todos á porfía se apresuraron á proporcionar socorros para volver á la vida á aquel esforzado joven, olvidándose cada uno del peligro en que se hallan. El barón de** grita «al cárabo ó perecemos, pues el buque se abre; esta voz la turbación se apodera de los ánimos, pero Matilde tranquila, procura restañar la sangre que vierten las heridas del amante, y suplica que la dejen perecer con él. El caballero S.... ordena que el cárabo atraque al buque y tomando entre sus brazos á Ricardo se traslada á él. Esta operación se subsigue por todos los pasajeros y tripulantes, venciendo los obstáculos que cada momento presenta la fuerte marejada que se estrella en la confusión, de angustia y aun de desesperación, logran verse trasladados todos al cárabo salvador, y ya se ven los remos en movimiento. En vano tratan de hacer rumbo hacia la costa, el viento es del oeste y la marejada del sur y estos dos encontrados elementos se lo impiden. Por último determinan dejarse llevar de la corriente, pero por uno de esos fenómenos de la naturaleza, el viento queda en calma é instantáneamente la mar va cediendo.

En este corto espacio Ricardo ha recobrado el aliento: sus fuerzas se encuentran renovadas, y solo el verse al lado de su adorado reanima su espíritu. Los padres de Matilde le prodigan mil alabanzas y todos le apellidan su salvador. El caballero de S.... levanta sus ojos al cielo exclamando: ¡Oh Dios poderoso y justo; déjame conservar por largo tiempo la vida de este desgraciado; déjame